

dia; estaba quebrantado, empapado en sudor como un calenturiento. Estuve algun tiempo sin saber donde me hallaba, recordando haber tenido sueños terribles y nada mas. Eché una mirada alrededor de todo el cuarto tratando de coordinar mis ideas confusas todavía por mi sueño. En fin, volvieron á encontrar mis ojos aquel agujero de la bala que la vispera me habia causado tan fuerte impresion: fué como un telon descórrido ante mi vista y volví á encontrar al instante todos mis recuerdos. Me eché de la cama, me vestí rápidamente y bajé. Necesitaba respirar otro aire.

Mr. Nogent me habia dado cartas de recomendacion para Avignon. Una de ellas era dirigida á Mr. R... profesor de historia: esta era una de esas recomendaciones simpáticas que se necesitan en un viaje del género del que yo emprendia. En su consecuencia no quise dilatar un instante el entregársela: me hice dar las señas lo mejor que me fué posible de la calle que habitaba y comencé mi expedicion por la ciudad.

Avignon está edificado contra el viento y contra el sol; sus calles son estrechas y tortuosas, y bajan ó suben continuamente no solo por callejuelas, sino tambien por escaleras. Apenas habia andado cincuenta pasos por aquel laberinto, cuando quedé desorientado: pero en lugar de preguntar mi camino continué andando á la ventura. Hay una cosa que sobre todo me gusta mucho en las grandes ciudades que me son desconocidas, y en que sé me he de encontrar curiosos monumentos; y es dejar al acaso el cuidado de presentarlos á mi vista: de este modo la sorpresa es completa y la impresion virgen. Un cicerone charlatan no desflorará durante el camino el punto de vista, el monumento ó la ruina que va uno á ver. El efecto producido en mí por la cosa es el efecto que la cosa debe producir, porque ninguna prevencion estraña ha venido á disminuir ó á aumentar mi respeto por ella.

Caminaba, pues, así, vagando, cuando de pronto, al revolver de una callejuela en cuestas, vino á tropezar mi mirada en un arco colosal que unia la una acera á la otra. Alcé los ojos: me hallaba al pie del palacio de los papas.

El palacio de los papas es la edad media toda entera, tan visiblemente escrita sobre la piedra de las murallas y de las torres como la historia de Rhamses sobre el granito de las pirámides; es el siglo XIV con sus revueltas religiosas, sus argumentos armados, su iglesia militante. Diríase que es la ciudadela de Ali Pachá mas bien que la mansion de Juan XXII. Arte, lujo, agrado, todo está sacrificado á su defensa: es en fin, el único modelo completo que queda de la arquitectura militar de aquella época. Ante él no se ve mas que á él y detrás de él desaparece la ciudad entera.

Después si entráis en el patio encontrareis ese interior del palacio tan terriblemente armado como el exterior. Allí todo está previsto para una sorpresa que franquease las puertas. Por todos lados dominan torres al patio y amenazan troneras: para el sitiador que ha llegado allí con la felicidad que al primero, le queda otro sitio que comenzar, y una última torre sombría, aislada y gigantesca desde donde el papa sitiado y perseguido ha escogido su último retiro. Forzada aquella torre como las demas, la escalera que conduce á los aposentos pontificales desaparece y se convierte de repente en una muralla: y mientras los últimos defensores de la fortaleza aplastan á los sitiadores desde una escalera superior, el soberano pontífice sale por un subterráneo cuyas puertas de hierro se abren delante de él y vuelven á cerrarse detrás de él: este subterráneo conduce á una poterna oculta que da sobre el Ródano, donde una barca aguarda el fugitivo, que se lleva con la rapidez de una flecha.

A pesar de la anomalía que presenta la moderna guarnicion con la ciudadela que habita, es imposible no dejarse dominar de la poesia histórica de semejante mansion. Apenas se ha vagado una hora por aquellos corredores, sobre aquellas cortinas, en medio de aquellas prisiones, entre aquellas salas de tormento, cuando se siente uno arrebatar viendo todo tan espesamente construido para la venganza y la impunidad, pasiones instintivas que la civilizacion, si no ha estinguido, ha comprimido al menos en nuestro pecho. Comprendí perfectamente que en una época en que no habia ni esperanza para los odios débiles ni reparacion contra los odios poderosos todo fuese de hierro, desde el cetro hasta el báculo pastoral, desde el báculo pastoral hasta el puñal.

Sin embargo, en medio de todas aquellas impresiones sombrías se encuentran algunos reflejos del arte, como sobre una armadura bruñida adornos de oro: son pinturas que pertenecen á la manera dura y sencilla que forman el paso entre Cimabue y Rafael. Se cree que son del Giotto ó del Giotino, y lo que hay de cierto es que si no son de estos maestros, al menos son de su época y de su escuela. Adornan estas pinturas una torre reservada probablemente para la habitacion ordinaria de los papas, y una capilla que servia de tribunal á la Inquisicion.

Como al salir del palacio de los papas preguntase donde vivia Mr. R... me lo enseñaron al atravesar la plaza. Me fui á él y le entregué mi carta de recomendacion.

Me alargó la mano, y al momento comprendí que podia disponer de su tiempo y de su ciencia cual si fuéramos conocidos de diez años. Hay en las organizaciones artísticas una especie de electricidad que se comunica por instinto, por la mirada, por la palabra y

por el tacto. Pasamos el dia juntos: visitamos las iglesias, los mercados y los puertos. Vimos en sus oraciones, en su comercio y en sus riñas esta poblacion de tinte árabe y sangre española, especie de cohete vivo que basta acercarle á una opinion política para que se encienda y se lance. Comprendí entonces que hay ciudades como individuos que tienen temperamentos diferentes los unos de los otros, y organizacion fisica opuesta. Y así como es imposible someter á un africano á leyes alemanas ó rusas, es preciso juzgar las ciudades segun su latitud, dar su parte al cielo sombrío y al cielo ardiente, al hielo y al sol.

Cuando por la noche volví á entrar en mi cuarto número 3, volví á encontrar al pie de mi cama el agujero de aquella bala que la vispera me habia hecho soñar tan cruelmente en la muerte del mariscal; me parecia tan horrible como la vispera; empero me pareció al mismo tiempo tan sencilla como seria la de un hombre que por imprudencia hubiese caído en una caverna de tigres.

Tratemos de hacer comprender nuestros pensamientos á nuestros lectores y mostrarles el pasado de esta ciudad, á fin de que juzguen el presente como Dios lo juzgará.

La época de las disensiones religiosas que han traído los odios políticos, se remonta para Avignon al siglo XII. Pedro Valdo, ciudadano de Lion, se declara jefe de un principio de reforma que queria traer el cristianismo otra vez á la sencillez evangélica. Este abuelo de los Luteros, de los Calvinos y los Wicleff, encontró numerosos partidarios entre el pueblo lionés, que fué siempre inclinado á ideas místicas y que ya en nuestra época el ateísmo, ó al menos la duda, nos ha dado á Edgar, Quinet, San Martin, Ballanche y á poco mas á Lamartine, cuya religion se puede poner en duda, pero no su religiosidad.

Sin embargo, los obispos, señores de Lion, que poseian no solo el poder espiritual sino tambien el temporal, forzaron á los sectarios de Valdo, que llamaban valdeses á abandonar la ciudad: salieron dirigidos por su jefe y llevando en pos de sí sus mugeres, sus hijos y sus criados. Esta tropa fugitiva se detuvo un instante en el Delfinado; pero encontrando allí nuevas persecuciones, aquel moderno Moisés, volvió á tomar la direccion de la fuga de los modernos hebreos, atravesó el Durance, entre Embrum y Sisteron, y vino á buscar un asilo en el condado Venesino, que dependia del imperio bajo el feudo inmediato de los condes de Tolosa. Bien pronto las gentes del condado simpatizaron las mas con las doctrinas religiosas de sus huéspedes, de los que una parte se fijó en el valle de Sault, detrás del monte Ventoux, y la otra parte se quedó en el Languedoc, donde por la corrupcion de la palabra valdeses, que era su primer nombre, se les llamó vaudeses, y después, por

último, albigenses, cuando por su aglomeracion formaron la mayoría de los habitantes de la ciudad de Albi y del condado de que es capital.

Bien pronto en medio de este Languedoc voluptuoso y poético se alteró su primitiva sencillez: adoptaron el lenguaje satirico de los antepasados de los trovadores: persiguieron con sus folletos en verso las ceremonias y á los sacerdotes católicos: nobles, príncipes y reyes de vacilantes creencias, abandonaron el gremio de la Iglesia para arrojarse en la heregia, que ya amenazaba estenderse desde los Pirineos al Garona, cuando un solo hombre resolvió contenerla. Este hombre era Domingo, prior de Osma y elector de la iglesia de San Juan de Letran en Roma: predicó una cruzada. Su palabra despierta no solamente los odios religiosos, si no tambien las antipatias territoriales. Los hombres del Norte habian detestado siempre á los hombres del Mediodia á quienes no podian perdonar las riquezas, la felicidad, las franquicias municipales que tenian de los romanos, ni las artes, los monumentos y la civilizacion que habian recibido de los árabes. Recordaban que Clodoveo, Carlos Martel y Carlo-Magno no habian hecho mas que pasar por aquella tierra bendita del sol, que no habian podido echar raíces en ella. La voz de Domingo tuvo, pues, mas eco que esperaba él mismo: y á pesar de la heroica lucha del vizconde de Beziers y el rey Pedro de Aragon, Simon de Monfort venció una tras de otra todas las plazas fuertes defendidas por los albigenses, y Raimundo de Tolosa, que veremos al pasar por San Gilles hacer retractacion honrosa sobre las gradas de la iglesia, les dió el último golpe adjurando su heregia.

Esta abjuracion por pública y ruidosa que fuese no pudo desarmar á los vencedores del conde de Tolosa. Dieron á título de secuestro al papa, que habia autorizado la cruzada, el condado Venesino y siete castillos fuertes que poseia Raimundo, tanto en el Languedoc como en la Provenza. Pero Avignon, poderosa república de esta época, gobernada por podestás libremente elegidos, hizo causa comun con Raimundo y rehusó someterse: así en 1228 Luis VIII, á la cabeza de un ejército, se presentó á sus puertas pidiendo pasar por la ciudad para atravesar el Ródano sobre el puente de San Benezet del que quedan hoy algunos arcos. Los avignoneses no se dejaron engañar con esta astucia: comprendieron que abrir sus puertas al rey de Francia era abrirse al mismo tiempo las de la esclavitud. Propusieron, pues, establecer una calzada que condujese á el puente y comunicase con él por medio de un terrado, de manera que el ejército francés pudiese atravesar el Ródano sin pasar por la ciudad. Pero esto no era la cuenta de Luis VIII: reiteró sus intenciones y pidió entrar lanza en ristre, con casco en la ca-

beza, bandera desplegada y á son de clarines. Indignáronse los ciudadanos; ofrecieron como última concesion la entrada pacífica con la cabeza descubierta, lanza levantada y solo desplegada la bandera real. Luis VIII, comenzó el bloqueo probando así que al pedir el paso pedía la ciudad. Tres meses duró el sitio, durante los cuales, dice un cronista, los ciudadanos de Avignon devolvieron á los soldados franceses flecha por flecha, herida por herida, muerte por muerte.

Al fin capituló la ciudad: el cardenal legado, Roman de San Angel, ordenó que los avignoneses demolicieran sus murallas, cegasen sus fosos y echasen abajo trescientas torres que se levantaban en la ciudad: exigió que le entregasen sus navios, sus máquinas y pertrechos de guerra: les impuso una contribucion considerable y les obligó á abjurar solemnemente la heregia vaudesa: les hizo prestar juramento de mantener en Palestina treinta hombres armados y equipados para cooperar á libertar el sepulcro de Cristo: y para velar la ejecucion de estas condiciones, cuya bula existe todavía en los archivos de la ciudad, fundó la cofradia de los *Penitentes negros*, que atravesando ocho siglos se han perpetuado hasta nuestros dias. Desde aquel momento los odios religiosos fueron al mismo tiempo odios políticos.

Menos de un siglo despues, es decir en 1309, Bertrand de Got, hecho papa bajo el nombre de Clemente V, venia bajo pretexto de divisiones y revueltas en la Italia, á colocarse á las puertas del condado Venesino, que era dominio papal desde el secuestro de Simon de Monfort, y pedir la hospitalidad á Avignon: así el cisma fué á tomar raíces en la tierra de la heregia.

Grande y profundo pensamiento fué el que le ocurrió á Felipe el Hermoso cuando tuvo la idea de trasladar el pontificado á Francia, á fin de abarcar á la vez con su brazo de hierro el poder temporal y espiritual.

El pontificado, abofeteado por Nogaret y por Colonna en la persona de Bonifacio VIII, abdicaba el imperio del mundo en la de Clemente V, que en su ambicioso afán de ser elegido, hizo por juramento al rey, que á su vez le consagró en el bosque de Andelys, aquellas terribles promesas de las que solo se conoce una: la destruccion del orden de los templarios. Verdad es que esta basta y sobra para dar una idea de lo que serian las demas.

Sin embargo, pronto el espíritu de dominacion abdicado un momento, volvió á los gefes de la Iglesia. Clemente VI aprovechó los crímenes y las desgracias de Juana de Nápoles, prisionera de los barones provenzales, para comprarla en el precio de ochenta mil florines de oro la propiedad de la ciudad y del estado de Avignon, que había heredado de los marqueses de Forcalquier y de Provenza, de quienes era descendiente.

Con esta suma, despues de haber defendido su causa ella misma en latin en la gran capilla del palacio, delante del cuadro del Juicio final pintado por Giotino, y despues de haber sido absuelta por los cardenales de la acusacion del asesinato de Andrés, su marido, equipó una escuadra y verificó la restauracion de su reino.

Apenas los papas se vieron en sus tierras cuando echaron los cimientos del palacio-fortaleza, de que acabamos de hacer descripcion, pero de la que solo el grabado puede dar una idea exacta. Era el capitolio del pontificado: desde lo alto de sus murallas esperaban reconquistar el imperio del mundo. Hacia fines de aquel siglo XIV se habían dado tal maña, que hacian de aquella misma casa que el rey de Francia le había dado á Clemente V y sus sucesores como una prision y un asilo, una corte, un palacio, y un reino.

Porque era una corte, un palacio y un reino; Avignon se había convertido en la reina del lujo, de la molice y de la prostitucion. Tenia una nueva cintura de torres y de murallas que la había ceñido alrededor del cuerpo, Hernandez de Heredia, gran maestro de la orden de San Juan de Jerusalem. Tenia sacerdotes disolutos que tocaban el cuerpo de Cristo con las manos abrasando de lujuria. Tenia hermosas cortesanas que arrancaban los diamantes de la tiara para hacerse con ellos brazaletes y collares: tenia, en fin, los ecos de Vaucluse que la mecian al rumor de las muelles y voluptuosas canciones del Petrarca.

El rey Carlos V, que era un religioso, un prudente y poderoso rey, no pudo tolerar tanto escándalo en la Iglesia: envió al mariscal Boucicaut á arrojar de Avignon al antipapa Benedicto XIII. La ciudad le abrió sus puertas: empero Pedro de Luna se encerró en su castillo, y allí se defendió por espacio de muchos meses, apuntando él mismo desde lo alto de sus murallas sobre la ciudad sus máquinas de guerra, con las que arruinó mas de cien casas y mató cuatro mil avignoneses. Al fin el castillo fué tomado á viva fuerza: las obras interiores fueron ocupadas por asalto: pero Pedro de Luna se refugió en la torre, y en el momento en que las tropas francesas, derribando las puertas se precipitaban sobre la engañosa escalera de que hemos hablado; Benedicto XIII huía por el subterráneo, salía de la ciudad por la poterna, ganaba el territorio español donde el rey de Aragon le ofreció un asilo, y allí todas las mañanas desde lo alto de una torre, asistido de dos sacerdotes de que había hecho su sacro colegio, bendecía al mundo, y escomulgaba á sus enemigos.

Por fin, en el momento de morir, temiéndole que el cisma se extinguiese con él, nombró á sus vicarios, cardenales, con condicion de que uno de los dos sería papa. En

efecto, muerto Pedro de Luna, los dos cardenales se reunieron en cóclave, y el uno de los dos proclamó al otro. El nuevo papa prosiguió algun tiempo el cisma sostenido por su cardenal, que formaba él solo toda la corte pontificia; pero en fin, Roma abrió conferencias con ellos, y los dos entraron en el gremio de la Iglesia, el uno con el título de arzobispo de Sevilla, y el otro con el de arzobispo de Toledo. Así es como concluyó la dominacion inmediata de los papas franceses en el condado Venesino, que despues de su vuelta á Roma fué gobernado por legados y vicelegados hasta 1791, época de la reunion del condado á la Francia.

Por una singular coincidencia, Avignon donde siete papas residieron durante siete decenas de años, tenia siete hospitales, siete cofradias de penitentes, siete conventos de hombres, siete conventos de mugeres, siete parroquias y siete cementerios. Entre estas cofradias, la de penitentes grises, establecida, como lo hemos visto, por Luis VIII, y Roman de Santo Angel, era la mas antigua. Despues de estos venian los penitentes negros, fundados á la manera de los de Raimundo de Tolosa; despues en fin, los penitentes blancos, cuya orden estaba en oposicion con estos últimos.

De aquellas tres cofradias que existen todavía en la ciudad; la primera se mantuvo tranquila, y no adoptó opinion política alguna; pero las otras dos que, como hemos dicho, debian su nacimiento á partidos opuestos, conservaron eternamente el color de estos partidos.

En efecto, los penitentes negros, fundados á la manera de los que había instituido Raimundo de Tolosa, guardaron siempre sus ideas de oposicion á los dos poderes: al contrario de los penitentes blancos, que fieles á las opiniones que habían presidido á su fundacion, permanecieron siempre papistas y monárquicos. Era tan inveterado y tan constante este odio, que cada vez que en una solemnidad pública tenían la desgracia de encontrarse las dos cofradias, se trababa inmediatamente un combate, dándose de porrazos con las cruces, pendones y estandartes, lo que no concluía hasta que una de las dos tocaba retirada y abandonaba el sitio á su enemigo, que volvía entonces á tomar su gravedad monástica, continuaba su camino triunfal, mezclando sus cantos de victoria á sus himnos religiosos.

Las opiniones de las dos cofradias acogieron los sucesos políticos que traian los siglos, cada una según su partido. Poco á poco la ciudad se separó en dos campos, colocándose cada cual bajo su bandera. Así hay allí barrios enteros que son penitentes blancos, tales como los de la Fusteria, de Limas, y los de las inmediaciones de la puerta de Loulle: hay otros que son de penitentes negros: tales co-

mo los inmediatos á la puerta de Linea: resultó de esto que cuando comenzó á difundirse la reforma de Calvino en el Mediodia, donde encontró la vieja levadura de la heregia vaudense, la nueva religion, protegida por Margarita Alenzon, hermana de Francisco I, reclutó á todos aquellos que se habían colocado en el partido de la oposicion, es decir, que se habían hecho penitentes negros, mientras que por el contrario, los penitentes blancos se afirmaron todavía mas en la religion apostólica y romana.

La revolucion de ochenta y nueva despertó los antiguos odios religiosos y los convirtió en odios políticos. Los dos partidos se encontraron frente á frente, siempre fieles á su bandera: los penitentes negros cismáticos republicanos, y los penitentes blancos papistas realistas. Durante los diez años de reinado de Napoleon el volcan comprimido encerró humo, llama y lava, empero cuando en 1814 el gigante se vió obligado á abrir la mano y á soltar todo cuanto tenía, hasta su espada, instantáneamente se encendió el Vesubio político y los odios realistas salieron de nuevo devorantes y mortales. Detenidos un instante por los Cien dias, Waterlloo les devolvió su fuerza asegurándoles la impunidad.

Sin embargo, el comercio del imperio floreciente en lo interior por la dificultad de la esportacion, había creado una poblacion nueva y flotante de quinientos mozos de cordel. Esta poblacion adoptó en la época de la restauracion los partidos de los diferentes barrios en que trabajaban. Los que servian en el alto Ródano desde la puerta de la Linea, hasta la mitad del puerto, se hicieron penitentes negros: los que servian en el bajo Ródano desde la mitad del puerto hasta el puente de madera, se hicieron penitentes blancos.

Cada uno de ellos reinó á su vez sobre el rio, según las ideas democráticas ó monárquicas que estaban en alza ó en baja. Al fin la reaccion de 1815 dió definitivamente la victoria á los realistas, y el partido aristocrático, que tenía añejas y sombrías venganzas que ejercer, vió en los mozos de cordel que pertenecian como ellos á la secta de los penitentes blancos, instrumentos tanto mas mortales, cuanto que eran ciegos, y apoderándose invisible de estos instrumentos apretaba en la sombra los dorados resortes que los hicieron trabajar al sol.

Entonces de un solo golpe se inflamó todo el Mediodia. cual si un reguero de pólvora hubiese comunicado el incendio de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo. Marsella dió el ejemplo, Avignon, Nimes, Uzés y Tolosa lo siguieron. Cada una de estas ciudades tuvo su sangrienta celebridad.

De todos aquellos asesinos, preciso es decirlo, Puntigado, el asesino avignones, era el mas notable. Era uno de esos hombres cuyo destino pende de la suerte de su nacimiento.

Nacido en el pueblo fué un asesino: colocado en otra esfera y con las cualidades que tenía, hubiera sido un hombre grande.

Puntiagudo era el perfecto tipo del hombre del Mediodía: color de aceituna, ojos de águila, nariz encorbada, diente de esmalte. Aunque de una estatura algo mas que mediana, aunque encorbada su espalda por el hábito de llevar fardos, y arqueadas las piernas hacía fuera por efecto de la presión del enorme peso que transportaba diariamente, era de una fuerza y una destreza extraordinarias. Lanzaba por encima de la puerta de Loulle una bala de cuarenta y ocho; arrojaba una piedra de una orilla á otra del Ródano, es decir, á mas de doscientos pasos de distancia; en fin, arrojaba al huir su cuchillo de una manera tan vigorosa y tan precisa, que esta nueva flecha de partho, iba silbando á clavarse á quince pasos en una moneda de cinco francos en un árbol. Agréguese á esto una destreza igual en la escopeta, en la pistola, en la espada y en el palo. Un talento natural, vivo y rápido. Un odio profundo que había profesado á los republicanos al pié del cadalso de su padre y de su madre, y se tendrá una idea de lo que era este terrible jefe de los asesinos de Avignon, que tenía á sus órdenes como primeros agentes á Farges, oficial de tejedor de tafetanes; á Roquefort, mozo de cordel; Nadaud, panadero, y á Magnan, ropavejero.

En la época en que pasa el terrible drama que vamos á contar, Avignon se hallaba enteramente entregado á algunos de estos hombres, á quienes las autoridades civiles y militares no querían, no se atrevían, ó no podían reprimir en sus desórdenes.

Entonces se supo allí que el mariscal Brune que se hallaba en Luc, con seis mil hombres de tropas, era llamado á París para dar cuenta de su conducta al gobierno.

EL MARISCAL BRUNE.

Conociendo el general el estado del Mediodía y sabiendo los peligros que le aguardaban había pedido el permiso de volver por mar: le había sido formalmente negado. El duque de Riviera, gobernador de Marsella, le había dado un salvo-conducto. Rugieron de alegría los asesinos al saber que un republicano de 89, un mariscal del imperio iba á atravesar por Avignon. Corrieron rumores siniestros: se decía, y era una calumnia infame ya cien veces desmentida, que Brune, que no había llegado á París si no el 5 de setiembre de 1792, había el 2 lle-

vado en la punta de la pica la cabeza de la princesa de Lamballe.

Muy pronto se difundió la noticia en Avignon de que el mariscal había estado á punto de ser asesinado en Aix: se confirmó. El mariscal no había debido sus salvacion si no á la ligereza de sus caballos. Pontiagudo, Farges y Roquefort, juraron que no sucedería lo mismo en Avignon.

Siguiendo el camino que había tomado el mariscal no tenía mas que dos salidas para llegar á Lion: necesitaba pasar por Avignon ó evitar la ciudad dejando dos leguas antes de llegar á ella el camino de Pointu y metiéndose en un camino de travesía. Los asesinos previeron estas cosas, y el 2 de agosto, día en que se esperaba al mariscal, Pontiagudo, Magnan y Nadaud, acompañados de cuatro de sus hombres, subieron á las seis de la madrugada en un carricoche y saliendo del puerto del Ródano fueron á emboscarse en el camino de Pointu.

Llegado á la confluencia de los caminos el mariscal, prevenido de las disposiciones hostiles de Avignon quiso tomar el camino de travesía que se le presentaba y sobre el que le aguardaban Pontiagudo y sus gentes; pero el postillon rehusó obstinadamente el ir por él diciendo que su parada era en Avignon y no en Pointu ni en Sorgas. Uno de los edecanes del mariscal quiso obligarle á ir adelante con una pistola; pero se opuso el mariscal á que se hiciese violencia á aquel hombre y dió orden de continuar el camino de Avignon.

A las nueve de la mañana entraba el mariscal en Avignon y se paraba á la puerta del hotel del Palacio Real que era entonces el de la posta. Mientras cambiaba de caballos y se examinaban los pasaportes y salvo-conducto á la puerta del Loulle, el mariscal se bajó á tomar un caldo. Estaría como unos cinco minutos en el hotel cuando ya se veía agolpada á la puerta una considerable multitud de gente. Mr. Moulin, el dueño del hotel, reconociendo aquellos sombríos rostros de mal agüero, subió inmediatamente al cuarto del mariscal y le invitó á que no aguardase la devolucion de sus papeles, le dió el consejo de que marchase en el mismo instante y le prometió mandarle un carrerista á caballo que le alcanzase y le devolviese los papeles, de él y sus edecanes, á dos ó tres leguas de la ciudad.

Bajó el mariscal: estaban listos los caballos: subió al carruaje en medio de los murmullos del populacho, entre el que comenzaba á circular el terrible *zaou*, ese grito de escitacion que encierra todas las amenazas segun el modo con que se ha pronunciado y se quiere decir en una sola sílaba: ¡morded! ¡destrozad! ¡matad! ¡asesinad!

El mariscal partió al galope, pasó sin obstáculos la puerta de Loulle perseguido, ame-

nazado; pero no detenido todavía por los aullidos del populacho. Creía ya estar fuera del alcance de sus enemigos cuando al llegar al puente del Ródano encontró un grupo de hombres armados con escopetas y mandado por Farges y Roquefort. Aquel grupo apuntó al postillon y le mandó que volviese atrás. Forzoso fué obedecer: al cabo de cincuenta pasos el carruaje se encontró cara á cara con los que le perseguían desde el hotel del Palacio Real. El postillon se detuvo: en un momento cortaron los tirantes de los caballos. El mariscal abrió entonces la portezuela y bajó con su ayuda de cámara; entró por la puerta del Loulle seguido del segundo carruaje donde iban sus edecanes, y volvió á llamar al Palacio Real, que se abrió para recibir á él y su comitiva, é inmediatamente volvió á cerrarse después.

El mariscal pidió un cuarto: Mr. Moulin le dió el número 4 que daba sobre la fachada. Al cabo de diez minutos tres mil personas llenaban la plaza: la poblacion salía de debajo de las piedras. En aquel momento el carruaje abandonado por el mariscal llegó conducido por el postillon que había vuelto á atar los tirantes, y le abrieron la puerta cochera. La muchedumbre quiso precipitarse en tropel; pero el mozo de cordel Vernet, y Mr. Moulin, que son dos hombres de una fuerza colosal, empujaron cada uno una hoja de la puerta, lograron unirlas y atrancaron la puerta. Los edecanes, que hasta entonces se habían quedado en su carruaje bajaron y quisieron ir al lado del mariscal; pero monsieur Moulin dió orden al mozo Vernet que los ocultase en un pajar. Vernet cogió uno por cada mano, los arrastró á su pesar y los arrojó detrás de unos toneles vacíos echando sobre ellos un alfombra vieja, y les dijo con esa voz solemne que profetiza:

—Si haceis el menor movimiento, sois muertos!

Los edecanes permanecieron inmóviles y silenciosos.

En este momento Mr. de San Chamans, prefecto de Avignon, que había llegado á la ciudad apenas hacia una hora, se lanzó en el patio. Hacían pedazos las ventanas y el postigo de la calle: la plaza se hallaba atestada de gente y se oían mil gritos de muerte que dominaba el terrible *zaou*. Mr. Moulin vió que todo era perdido si no se sostenían hasta el momento en que llegasen las tropas del mayor Lambot; dijo á Vernet que se encargase de contener á los que derribaban la puerta y él que se encargaría de los que habían pasado por la ventana; y aquellos dos hombres solos contra toda una poblacion rugiente emprendieron disputarles la sangre de que se hallaba sedienta.

Lanzáronse los dos, el uno á la calle y el otro al comedor: puerta y ventana habían sido ya rotas; muchos hombres habían entrado

por ellas. A la vista de Vernet, cuya fuerza conocían, retrocedieron. Vernet aprovechó aquel momento y volvió á cerrar la puerta. En cuanto á Mr. Moulin cogió su escopeta de dos cañones, que estaba arrimada á la chimenea, apuntó á los cinco hombres que se hallaban en el comedor, y les amenazó con hacerles fuego sino se retiraban al instante.

Cuatro obedecieron: uno solo se quedó. Mr. Moulin viéndose de hombre á hombre, dejó su fusil, cogió por las caderas á su adversario, lo levantó en el aire, cual si hubiera sido un niño, y lo arrojó por la ventana. Tres semanas después aquel hombre murió, no de la caída sino del apretón. Mr. Moulin se lanzó entonces á la ventana para cerrarla.

En el momento en que empujaba los postigos sintió que le cogían la cabeza y que se la doblaban violentamente sobre el hombro izquierdo; en aquel mismo instante saltó un cristal hecho pedazos y el hierro de una hacha se resbaló sobre su espalda. Mr. de San Chamans había visto bajar el hacha y había separado, no el hierro, sino el objeto á que se dirigía. Mr. Moulin agarró el hacha por el mango, que arrancó de manos del que acababa de darle un golpe que tan felizmente había evitado; después volvió á cerrar la ventana, la atrancó bien con las barras interiores y subió al cuarto del mariscal.

Lo encontró paseando á grandes pasos por el cuarto. Su hermoso y noble rostro se hallaba tranquilo, cual si todos aquellos hombres, todas aquellas voces, todos aquellos gritos no pidiesen su muerte. Mr. Moulin le hizo pasar del cuarto número 4 al cuarto número 3, que colocado á la espalda y dando al patio, ofrecía alguna probabilidad de salvacion que no tenía el otro. Pidió papel de cartas, una pluma y un tintero. Mr. Moulin se lo dió; el mariscal se sentó delante de una mesita y se puso á escribir. En aquel momento se dejaron oír nuevos gritos.

Mr. de San Chamans los había producido al mandar á aquella multitud que se retirase. Mil voces le habían preguntado que quién era para mandar: entonces les dijo que era el prefecto.

—No conocemos el prefecto sino por sus vestidos, le contestaron de todas partes.

Desgraciadamente el equipage de Mr. de San Chamans venia por la diligencia y no había llegado aun. Hallábase vestido con una casaca verde, un pantalon de mahon y un chaleco de piqué, trage poco imponente en semejantes circunstancias. Se subió sobre un banco para arengar al populacho; pero una voz se puso á gritar:

—¡Abajo la casaca verde! Bastantes charlatanes tenemos como éste.

Se vió obligado á bajarse. Vernet le volvió á abrir la puerta. Algunos hombres quisieron aprovecharse de esta circunstancia para entrar al mismo tiempo que él; pero Vernet dejó